

las beatas jóvenes; á no hallarse mal del estómago, á efecto de que no menudeen la copa de coñac ni de anisado, Privarlos de éstos que son verdaderos males para hombres de virtud, bastaría para que á esos se los llevase el diablo: se morirían de pura cólera; y ahí me las diesen todas.

¡Válame Dios, y qué berrinche toman esos humildes servidores de Jesucristo! No lo dije por tanto, señores míos de mi ánima; y así, dando por buena la intención, y por nulos é non avenidos esos términos que quieren asomarse á la ironía, echemos pelillos á la mar, y sentémonos á la mesa con nuestro padre San Gregorio, en esas verdes y apacibles tiendas de entretejidas ramas, donde aconseja celebremos la fiesta con sobrios banquetes. « La modesta alegría puede decirse que es parte del culto »: alegría es muchas veces hada invisible que está escondida en el fondo de la copa, tomando un baño aromático de cualquier vino generoso: si nuestro padre San Gregorio exige que estemos alegres, bajo de santa obediencia hemos de alzar el codo tras la pechuga de pavo, ese manjar de blancas hebras que se nos derrite en la boca sin necesidad de masticación. Señor obispo, sea servido vuestra ilustrísima de tomar conmigo á la salud de San Cirilo, San Ireneo y más Doctores que son antorchas de la Iglesia. Aunque pecador, no sería imposible se me entendiese á mí también de achaque de pronunciar brindis y discursos donde me trasloase yo mismo, al tiempo que mando á los infiernos á los enemigos de la religión y los jesuítas, como tiene por costumbre el cura del lugar en donde estoy trazando estos renglones. « Corazón sano; cara limpia, alma noble », dijo anoche no más en una conferencia de entrar en docena

con las del padre Ventura de Ráulica: « que me busquen un pecado en mi vida, una mancha en el rostro, y aquí están mis orejas, si me las hallan los impíos. Humildad, caridad, castidad; largueza, paciencia, diligencia; ¡templanza, templanza, templaza éstas mis acciones; al paso que en ellos todo es lujuria, todo gula, todo envidia. Yo á privarme del alimento necesario; ellos á hartarse de las más salaces viandas: yo á dar el último real á los pobres; ellos á quitarle el cuarto que le he dado al mendigo: yo á vivir metido en mi casa ó en la iglesia alabando á Dios; ellos á irse con el chorroborro de picardías nocturnas. ¿Pues qué ha de suceder sino que á todos estos pillos se los ha de llevar el diablo? Aprendan de mí la práctica de las virtudes; sean, como yo, ejemplo de fortaleza, á pesar de mis cortos años. ¿Estáis pensando que paso de treinta y tres? La edad de Jesucristo y de monseñor Vanutelli. Ahora que digo Vanutelli, sabed que el Delegado Apostólico, á quien tuve el honor de ver en Lima y acabo de ver en Quito, es joven gallardo sobre toda ponderación: mocito, sonrosado, elegante: me estáis viendo á mí, pues ya le habéis visto al Enviado de Su Santidad. En el sentarse, en el hablar, en el montar á caballo, en todo somos iguales. ¡Cosa rara! ni el lunar que yo tengo cuatro dedos abajo de la tetilla izquierda, le falta á mi querido Vanutelli; sino que dicen que él es un tanto enamorado; y yo he de morir como Lutero, sin haberle visto la cara á la malicia ».

Esto sí que es hacer servir la ignorancia á los fines de la verdad: ¿no sabe el orador que Lutero se regodeaba con ver á su hijo de seis meses en brazos de su madre, mamando apuradamente el angelito, y sonriendo á tiempo que mira

alrededor? El casto cura quiere morir como Lutero; aunque éste no hubiera podido jactarse de los propios timbres que aquel Adonis de la Iglesia. Abdon y Jair, jueces de Israel, viajaban por el reino montados, ellos, sus cuarenta hijos y treinta nietos, en otros tantos burros á los cuales les relucía el pelo : para el cura de este lugar y su católica descendencia no habría hartos pollinos en el circuito de su parroquia, ni en las provincias lindantes, si quisieran ir caballeros en el soberbio bruto que era la gloria de los antiguos patriarcas. En orden á la alimentación y el apetito, es fama que el sobrio ministro no toma sino veinte huevos duros en el almuerzo, una gallina migada, un frasco de buen vino, y una tacita de chocolate, así, del porte de una jofaina. Gracias al ayuno, los azotes de estos varones justificados no llueve fuego sobre la ciudades, y no acaban los terremotos con justos y pecadores.

¿Será cosa de que nos enojemos otra vez? Vamos, señores eclesiásticos, no hay por qué se suban vuestas mercedes á la parra : este vuestro coronista es buen muchacho que no quiere sino ponerse á derechas con la catolicidad y andar camino de la gloria : esto no lo consigue nadie sino negando lo que comen, y beben, y duermen obispos, canónigos, curas y clérigos sueltos; creyendo y confesando que todos ellos son hombres de hacer penitencia doce años en un monte solitario, como Beltenebrós, y doncellas de ir con palma y guirnalda á la sepultura. Decir que tienen con qué vivir, es ofenderlos; que comen mascando á dos carrillos, calumniarlos. Pensar que beben, pecado mortal; creer que duermen, y no enteramente solos, mentira y difamación. Ahora diga usted que tienen plata; el demo-

nio se los lleva. De todas estas maldades se componen la impiedad y la herejía de los bribones que no les damos el gusto de tenerlos por unos San Vicentes de Paúl y San Carlos Borromeo : en forma de diezmos y primicias, de entierros y responsos, de casamientos y vísperas nos extorsionan la última peseta, y exigen de nosotros el convencimiento de que no tienen para el pan de cada día. Vaya en gracia, hombres de virtud y santidad : si para la salvación de mi alma debo echar en el buzón de la iglesia la mitad de la hacienda que Dios me ha de dar algún día, quedando firmemente convencido de que os defraudo y robo la mitad que reservo para mis hijos, allá va lo que puedo, y perdónad por lo demás : bien ayuna quien mal come; y al que no tiene el rey le hace libre.

En los festines eclesiásticos ha de reinar la modesta alegría, como lo manda San Gregorio; y la paz, como lo siento yo, aunque hereje, cismático y pecador. Adórnome con estos tres títulos, á fin de que buenos y buenas rueguen por mí; pues ahora se me acuerda que entre las oraciones nocturnas de mi santa madre, á las cuales venía yo aherrojado, había una muy larga por los cismáticos, herejes y pecadores. Si uno no es cismático, hereje ni pecador, nadie pide por él, nadie se acuerda de pécora semejante : luego el ser cismático, hereje y pecador es una canonjía : las viejas piden por él; las jóvenes, con sus labios sonrosados y su corazón palpitante, ruegan por él, é impetran de nuestro Señor Jesucristo el perdón de sus pecados. ¡ Desgraciado del que no es cismático, hereje ni pecador ! ese, á fuerza de olvido de todo el mundo, está en un tris de irse á los infiernos y una por una se va primero que Vol-

taire y Juan Jacobo Rousseau, bellacos por quienes no dejan de pedir los fieles, si no son el conde José de Maistre y Luis Veuillot, quienes han votado porque á esos dos mamoncitos se les ponga en la ceja del Orco, y se les dé una patada por mano del verdugo.

Ya dije que no hemos de pelear, ilustrísimos señores obispos, venerables párrocos, santos monjes del Cister, del monte Casino y la Cartuja. ¿Qué comezón es la vuestra de buscarme camorra á cada paso? ¿por qué tenéis azar conmigo? Ni de la discusión acalorada suelo gustar; menos de estas contenciosas oposiciones que están oliendo á chamusquina. *Pax huic domui*, dice el Señor : la paz sea en esta casa. Sea, pues, ella en la nuestra, esta fresca tienda donde nos hallamos haciendo nuestro festín eclesiástico; y decidme si no gustáis de esta gelatina que está temblando á modo de oro suavizado y cuajado en disidentes glóbulos que quieren irse por lados opuestos, á despecho de la cohesión que los sujeta al centro de gravedad? Esto se toma en copa, reverendísimos padres : si la copa es de orilla dorada, tanto más poético el manjar : idlo disgregando delicadamente con cuchara de plata, y no os lo echéis al coleteo de un solo empuje, como lo acaba de hacer este goloso capuchino, so pretexto de que no está en los usos del mundo. Un traguete de moscatel sobre la crespá gelatina, ¿hem? Sonréis y otorgáis de cabeza, ilustres polizones : ya sé lo que os agrada. Esta crema blanquísima, sonrosada levemente por tintura comestible, es de los « noble é extraños letuarios con que suelen regalar las monjas », si por ventura habéis saludado al Arcipreste de Hita : ¿sois, pues, servidos de admitir este noble é extraño letua-

rio? Merced me hacéis con pedirme triple ración para cada uno de vosotros. ¿Agora veamos si el champagne halla gracia con vueseñorías? Pasito, padre, pasito : licor es éste que hemos de apurar por puntos, saboreándonos con él : y no así como indio sediento su mate de chicha en el camino. ¿Es costumbre vuestra tomar café después de la comida? Os quita el sueño, bien lo veo : el café no se conforma con caras redondas, mondas, antiguas, como las aquí presentes; con cuellos cortos y metidos entre los hombros; con pechos lanudos por defuera, asmáticos por adentro; con vientres chapados á la española, esto es, adictos al chocolate. Café, cosa profana : algo hay de revolucionario en este brebaje de la civilización moderna : café toma el progresista, café el radical, café el librepensador : en sus negras entrañas viene disimuladamente la filosofía del siglo XVIII; su sedimento es la Enciclopedia repastada con el *darwinismo*. Absteneos del café, reverendos padres y señores, y retiraos, dando gracias al cielo de esta copita de mistela de almendra que os ofiezco en el quicio de mi puerta. Retiraos, si gustáis : *si vobis divertur, discedite*. ¿Pero no habéis rezado? ¡impíos! Volveos y oid : « Santa María, madre de Dios »... ¿Está lloviendo? Paraguas, señor cura; zuecos, señor prebendado.

Y han de decir estos ingratos que los herejes los servimos mal. Ya quisiéramos nosotros que ellos nos dieran gelatina, y crema, y vino de Jerez; y nos hicieran acompañar con farol hasta nuestras casas, bien provistos de lo necesario contra lluvia y humedad. Si nos dan gelatina... de mostaza; y turroneos de culebras; y alfeñiques de hiel, allá en los festines con que nos regalan en los quintos

infiernos. ¿Volvemos á las andadas? Sangre, no por mi barrio : moro soy de paz, y no doy de comer á mis huéspedes los miembros de sus hijos ternezuelos. ¿Somos aquí Centauros y Lapitas que nos hemos de romper la crisma á todo trance, habiéndonos reunido para comer alegremente en estas frescas, apacibles tiendas de ramas entretejidas? Las bodas de Pirotoo é Hipodamia son una revolución contra la moral y la felicidad del himeneo : ira, embriaguez y lujuria las antorchas que alumbran esa fiesta de las pasiones desencadenadas y los vicios sin freno. Ese banquete se concluye con una zuiza infernal, donde novios, dueños de casa y convidados se echan mano á las barbas y se tiran los trastos á la cabeza : nosotros, como más buenos cristianos, hemos de separarnos como buenos amigos. Á Dios quedad, señores clérigos, y excusadme, si he sido menos largo de lo que cumple con ilustrísimas y reverendísimas personas.

¿Si les habré dado un banquete de Escotillo á esos señores? De perlas han comido, y se van con hambre; con hambre, y no así como quiera, sino muertos de hambre, sin que yo tenga sombras ni lejos de hechicero. Miguel Escoto, ó Escotillo, era un brujo que daba festines donde se comía y bebía sin limitación : cuando salían los convidados, no se iban á sus casas en volandas sino para darse hartazgos que eran asombro de sus mujeres. Y con todo, Escotillo no los había llamado para darles matraca, ni para hacerles dormir sueño de Simón Pedro, más aun para comer real y verdaderamente de lo mejor que en España por ese tiempo había. La mesa cubierta con precioso alemanisco de enredados fuecos, está fulgurando con la plata

labrada : ved allí esos principios dignos de real festejo : peras de Ronda, las más jugosas, harinosas, suaves y dulces de los huertos cultivados por los moros, y conquistados por la espada de Gonzalo Fernández : bellotas de Plasencia asadas á fuego lento, para que cobren ese color de oro oscuro, delirio de los ojos y el paladar. Aceitunas de Sevilla, gordas, frescas, de acidez tan agradable, que para con ella es nada la fruta de pura dulcedumbre. Melocotones, priscos de cuesco rojo cincelado por la naturaleza en rayas curvas que quedan limpias cuando habéis arrancado la sabrosa carne. Tasajos enormes de melón encendido, que no oponen la menor resistencia á la hoja de plata que los divide en trozos proporcionados á la boca : mirad si os deleita esa acuosidad suavísima, dulcísima que os inunda los órganos del gusto. Escotillo está sonriendo de satisfacción; sus huéspedes manifiestan no menos apetito que buen humor, expresándolo en cortés algazara.

Allí vienen las entradas : sopas de tortuga, regalo de epicúreos : perdices de Monserrate; costillas de carnero dispuestas con excitadores adminículos : lomos de ternera medio hundidos en una fortaleza de guisantes ahogados en salpimentada manteca de vacas. Ahora llegan las ostras de Noya, las anguilas de Ponferrada, los besugos de Laredo. ¿Qué pieza admirable es esa que está tendida sobre larga fuente? Es el jamón de Trévez, famoso en los reinos de Aragón y de Castilla : este manjar deja en la lengua voluptuoso escozor que requiere una copa de alaejos : ofrécela Escotillo, y el mundo entero echa un hurra de placer. ¿El cerdo de Talavera será extraño á las suntuosidades del goloso mágico? Miradle allí en forma de pernil

beneficiado largo tiempo, no menos que el chorizo de Garrovillas : entre las cosas que piden vino, suya es la palma : el que quiere beber con indecible gusto, eche mano por esa delicada baja, y brinde á la salud del puerco.

Sin legumbres no hay mesa cumplida : para que los espárragos sean los más dulces y jugosos, ved como sean de Aranjuez, esos cuyo tallo comestible tiene cuatro dedos, el cual, embarrado en la blanca mazamorra con que anda de continuo, es delicia del más esquilimoso comedor. Le llega su vez al queso : he allí el de Burgos, célebre en las cuatro partes del mundo, por la untuosidad con que se derrite cuando la lengua le da vueltas. Los de Cáceres y Villalón no se quedan atrás, ni por la sal, ni por el dulce : las vacas que dan esa leche se mantienen en dehesas ricas de herbajes zucarinos. Bien así como las abejas arrancan de las flores las sustancias que tornan miel en el laboratorio de su seno, así las vacas de Villalón rebuscan en los prados las matas floridas que apetecieran las abejas. Requesones de Zaragoza, no de los que le reblandecieron los sesos al caballero de la triste figura, sino de ganar medalla de oro en una exposición universal. Las natas de Salamanca fueran golosina de las Musas, si estas invisibles deidades hubieran menester para la vida cosas de forma y peso : ellas se mantienen del céfiro que llega á la cumbre del Parnaso, habiendo pasado por el valle de Tempe, y del rocío que amanece brillando en las hojas de las gramíneas. Cuanto á la mantequilla, Miguel Escoto sirve siempre la de Soria : en rodelitas labradas por el molde, circuidas de agua límpida, su amarillez y frescura despiertan el más soñolento apetito : embarrada profusa-

mente en la plancha de pan candeal, ¡ ay si no es cosa de comerse uno con mano y todo !

¿Pues los dulces? Escotillo pone todo su anhelo en el último mantel, que es el verdaderamente apetecido. Cosa rara, un brujo queda bien por obra de manos santas : las monjas de Oviedo le proveen de frutas heladas, esas piñas enormes que se están gallardeando en vasijas de cristal dorado : esos duraznos rubicundos de hemisferios que semejan las mejillas de una virgen ruborosa : esas bergamotas de jugosidad y sabor imponderable. Las de Villagarcía le preparan mazapanes y turrone; las de Guardia esos confites aéreos que se llaman *suspiros* : suspiros, si de amor, si de dolor, ellas se lo saben; pero es dulce el bocadillo, leve como una pompita de agua, fragante como un jazmín. Los *suspiros* de esas monjas son ayes de prisioneras envueltos en pura alcorza; deseos mundanos, inocentes quizá, encarnados en la flor del azúcar y la harina. Las de San Pelayo son para leches compuestas, batidas con yemas de huevo, espesadas y amarilladas á fuego lento. Hacen también espumillas, blancas unas, de color de rosa otras; todas tan leves y de tal delicadeza, que las comieran los ángeles, si estos seres divinos bajaran á entre nosotros. El bollo maimón de Zamora hace persona de infante real en la mesa de Escotillo; y la torta de Motril, que no es para menos ni por la alcurnia, ni por el sabor, se halla á su derecha, bien como novia que acaba de darle la mano. El alfajor morisco de Medina Sidonia, el mazapán de Toledo, el chocolate de Astorga en formas varias y provocativas están allí para la gula disculpable de los convidados. No salen éstos sin haber bebido repetidas ocasiones ora

valdeiglesias, ora cazalla, vinos que les echan el pie adelante á los del día, si por el espíritu, si por el aroma. Y el célebre alaejos ¿con cuál lo han sustituido? Gran cosa es el jerez, ese líquido rubicundo por cuya transparencia podemos ver á las tres Gracias que juguetean en los jardines de Adonis resucitado; pero el alaejos, dicen, era toma de reyes poetas y princesas que estaban adoleciendo de mal de amor. Sea como se fuese, Escotillo daba de comer y beber con largueza imperial; y sus huéspedes, al salir de su casa, sentían hambre: habían comido sombras y bebido aire vano en figura de manjares y licores. ¿Irían á cenar en sus casas los clérigos de mi banquete?

Los brujos y los impíos al fin no les damos sino viento, manjar inofensivo, que puede ser agradable, puesto que no alimenta; ellos, Dios nos guarde, suelen dar á sus amigos y paniaguados festines de donde los sin ventura salen con los pies para adelante. ¿Sabéis lo que es salir con los pies para adelante? Es salir uno de su casa como quien va al cementerio, y no de visita, sino á vivir allí hasta el día del juicio. Efectivamente, no habréis visto que á nadie le saquen de cabeza: el difunto goza á lo menos de esta que hoy, en homenaje á la reina Galia, se llamaría *garantía*. La vieja Germania es madre, la joven Galia, reina. Y aun por eso, cuando ocurre que un poeta viajero topa unos estudiantes orillas de la Selva Negra, éstos le saludan al paso: *Salve, Gallia regina!* y el otro responde: *Salve, Germania mater!* y siguen su camino. Del palacio del cardenal Cornetto salió con los pies para adelante el padre santo Alejandro VI, por haber comido, no con demasia, sino con equivocación.

Comido digo, y no fué así: Su Santidad no se comió, se bebió la muerte en el vino con que se había propuesto quitar la vida á sus más queridos cardenales, para quedarse con sus riquezas. Allí Dios se sirvió del diablo para hacer justicia: Dios permitió, el diablo vertió el veneno en la copa del envenenador. Este festín sí que fué más trágico que las bodas de Pirotoo é Ipodámia: en las dichas bodas los Lapitas los molieron á los Centauros, y entre muertos y heridos no hubo sino el ladrón Eurito, quien á vista y paciencia del concurso y el galán arremetió con la novia á viva fuerza. ¿Qué le importa al catolicismo que haya llevado su merecido el pícaro forzador? Lo que le anubla y confunde es que el papa, el santo, beatísimo padre haya salido en andas del convite de su cardenal y aparcerero. El gigante Eurito murió por un antojo no cumplido; el rey Rodrigo por uno satisfecho; el pontífice Alejandro entregó el alma al diablo por codicia. Como Dios le haya perdonado, mucho me alegro de que ese varón justo haya pagado con las setenas: ¡así hubiera yacido por ahí antes de corrompida la infeliz Lucrecia, á fin de que el mundo no mirara con dolorosa angustia la reedificación de Sodoma al lado del templo de San Pedro!

Para librarnos de las insidias de ese mal hombre y peor sacerdote, no debiéramos aceptar convites á comer y beber, sino tan solamente á oler. Convites á oler ¿habéis oído? Sabed que los hay, y muy gustosos al olfato, el cual no hace sino servir de conductor hacia el estómago. De comer patas de cochino, pierna de res, cogote de carnero, acción sin poesía ni sentimiento, ¿no valiera más nutrirnos con las emanaciones de la rosa gorda y fresca, de la fragante

margarita, la azucena voluptuosa? Plinio, historiador que tiene en mucho la verdad, habla de un pueblo que vivía sin comer, sino oliendo cosas aromáticas. Las mujeres de ese pueblo sí que han de haber sido adoradas por los hombres para quienes comer y beber son groserías incompatibles con las hambres místicas de la más poética y extravagante de las pasiones. ¿Quién duda sino que el comer les perjudica inmensamente á las mujeres? Lo vago, aéreo, misterioso del amor se va con ese mascar á dos carrillos con que asesinan dentro de nosotros los sueños de felicidad angélica propia de entes superiores á nuestras ruines necesidades. Hasta carne comen las tontas, y papas una tras otra, y beben chicha después de las cosas picantes, y piden más, y quieren que nos estemos muriendo por ellas. Muriéramonos, sin duda, si una muchacha de veinte años hiciera su almuerzo en el jardín con las vaporaciones del tomillo, la albahaca y la violeta, poniendo de cuando en cuando el rostro hacia el oriente, de donde acude un vientecillo matinal impregnado en los regalos de la aurora. El olor del clavel les debe servir de vino; el del jazmín sería delicado sorbete. Si aun tienen disposición, allí está el poleo, que no pide sino ser olido por unas narices como la torre de Damasco frente con frente al Líbano; narices perfectas, conformes con las de la bella egipcia, la damisela por la cual el rey Salomón daba sus pedazos con sabiduría y todo. ¿Este buen hombre dijo un disparate cuando comparó la nariz de su querida con la susodicha torre? Nada menos que eso: las relaciones de semejanza, á su modo de ver las cosas, no se habían de extender sino á la belleza y perfección, y no á la magnitud. El sabio sabía muy bien lo que se pescaba. No se vaya, pues, de todas, una muchacha

cha bonita cuando decimos que su nariz es como la torre de Damasco que está mirando al Líbano; aunque sí le convendrá soltar el moco y amostazarse medianamente, si se la compara con las de Pisa y de Bolonia, porque éstas son torcidas, agobiadas y jorobadas, que no estuvieran bien ni en caras de viejas. Pero nariz como la Giralda, ó como las de Nuestra Señora de París, puede tenerla la más presumida y repulgada chica: esas son obras maestras de arquitectura, bien así como la mujer es obra maestra de la naturaleza, según que ya lo dijo otro inventor de paradojas. Por donde se ve que el ciego de *El paraíso perdido* habla de todas, y quiere que sean obra maestra bien así las hermosas como las feas, bien así las buenas como las malas; en lo cual, á despecho de los timbres de ese autor, ando yo muy apartado de él: mal corazón y mala cara, lejos de ser obra cumplida, obra errada es, y perjudicial, y aborrecible hasta no más.

Alma real en cuerpo hermoso
Tres veces de imperio digna;

esto sí; y andemos, y alimentémosla de plantas aromáticas á esa alma real, y que las huela dilatando las ventanas de la nariz con fuerte inspiración, mirando con horror los comestibles gruesos que las vuelven jamonas antes de tiempo á las que no están en el misterio de vivir sin comer ni beber, á modo de nereidas en sus grutas submarinas, y de náyades en sus prados y sus fuentes.

Ni se diga que pido imposibles: Demócrito vivió muchos días sin más alimento que el vapor del pan caliente;

ahí está Diógenes Laercio que no me dejará mentir. Un buen viejo de mi país llevó adelante la empresa de Demócrito, que era cosa increíble verle ayunar una semana sin decadencia de fuerzas. Salía el antiguo las mañanas á la feria del pan caliente, y se paseaba entre las bateas baheantes hasta cuando, agotada la mercancía, la plaza del mercado era desierta. « Señor don Próspero, ¿ya almorzó usted? — Ya. — Pero sin moverse de la plaza, ¿qué ha comido? — He olido, hombre, y esto es más que comer ». El doctor Tanner nada ha descubierto : si no comió cosa en sus cuarenta días de encierro, olió, olió y más olió. Pan caliente, no ha de haber sido; pues sería la mezcla de azafrán y castóreo que Pedro Apono aconseja á los ancianos para prolongar la vida, ya que de impotentes no aciertan á mascar ni digerir cosas de cuerpo. Si la autoridad de Pedro Apono y Diógenes Laercio no basta para componer testimonio auténtico, la de Bacón, me parece, dirime la duda, y sienta un hecho histórico sin más que su palabra de filósofo y cristiano. Bacón sostiene haber conocido un hombre que, rodeado de plantas odoríferas, pasaba días enteros sin comer. Yo quisiera que una poetisa maravillosa perfeccionara el lindo arte de vivir las mujeres sin comer. Edison ha descubierto el teléfono. Graham Bell el fonógrafo; ¿por qué una sabia nunca vista, una Oliva de Sabuco envuelta en la pinguosidad azucarada de las Musas, no ha de descubrir el modo de reflejar el amor y la vida en la cumbre del Parnaso, mediante los secretos de las flores y las plantas? Déjennos las mujeres á nosotros el ahitarnos de prosa con estas groserías de los tiempos modernos que llaman *beefsteaks*, *roast beef*, jamón, huevos estrellados y otras materias indignas de los banquetes del Helicón; y

vivan ellas de los favores del arco iris, los regalos del alba resplandeciente y las emanaciones del nardo y la magnolia

Los ángeles no comen : las mujeres se dejan llamar ángeles por nosotros, pero no nos quieren dar gusto en esto de no comer. Si se satisfacen al igual de nosotros que somos diablos, ¿cómo son ángeles ellas? « Yo no tomé esta ruindad », me contestó una linda muchacha á quien hube ofrecido una taza de caldo de caña de azúcar hervido y sazonado con zumo de naranja agria, que es la delicia del mundo. Irritado de este sofión, me andaba yo por ahí dando vueltas, puesta la mira en la venganza : quien á cuchillo mata, á cuchillo muere : desaire no hallaba en mi discurso que alcanzara á desagraviarme de tamaña ofensa. Yendo por tras la casa en busca de ambiente que respirar, intérnome por un platanal orillas de un arroyo; y he allí la desdenosa que con gentil desenfado se está echando al colete un hemisferio de calabaza lleno de la misma toma que le había parecido *ruindad* media hora antes. Estuvo en poco de caerse muerta la probrecita; tanto más cuanto mi prudencia y disimulo sufragaron noblemente por la cortesía. Quiero insinuar con esta anécdota, que las mujeres, ya que comen y beben, se metan en un profundo bosque para estos abusos y miserias, y huyan como del diablo, cuando están con hambre, de los que bien las quieren.

No vayan á retraerse de mí las que tienen mis opiniones en algo, tomando el rábano por las hojas : todo eso es puro modo de decir y dar cantaleta en ratos de buen humor; que en hecho de verdad no hay cosa en el mundo que más despierte inclinación y apetito que ver á una culta joven

tomar con donaire entre los dos dedos un alón de pollo, y llevárselo á los dientes con pulcritud y gracia digna de las doncellas de Calipso. Si les prohibimos la comida, ¿cuándo les vemos las sonrosadas encías, los abiertos rubicundos labios? Coman las pobres, pero no mucho ni cosas bravas : coman pechuga de alondra, curruca, pitirrojo, ficédula y toda esa volatería fina que Dios crió para estómagos poéticos y paladares esquilimosos. De las frutas, fuera de esa carne de perro vegetal que llaman aguacate, y de esa de caballo que dicen zapote, concedo que se regalen con todas las demás : naranjas de color de azafrán por defuera, de oro por adentro; duraznos que se están dertiendo entre los dedos; albaricoques maduros, provocativos y maliciosos como los versos de Safo; y aun plátanos, como no sean *hartones* ó *barraganes*, esos monstruos que parecen boas tendidos á la sombra de sus árboles : tomen el *plátano de seda*, esa manteca dulce que despierta en la boca los espíritus de la voluptuosidad inocente; el guineo barrigón, el de Otaiti, y otras mil clases de esta admirable fruta que magnifica los huertos y los bosques del Nuevo Mundo. Guindas, no tome la fea; correría quizá el peligro de que algún malsín sentido con ella dijese que se había echado guindas á la tarasca. Ó más bien, si es fea, coma de todo, y hártese, y no tenga cuidado que pierda cosa. Las bonitas son las que han de comer como hacer composiciones de alegre, leve poesía, sonriendo con los ojos, é iluminando con su espíritu echado afuera el alma de los que las miran y admiran llenos de escondido cariño.

Así es como tenemos nuestros banquetes, esta la manera de que comemos en nuestro siglo; y maldito el ade-

lanto que recibe la filosofía de los concursos gastronómicos y las muchedumbres hambrientas. Cuanto á la sobriedad, de la española suelen hacer ponderaciones que saltan por sobre la buena fe, siendo así que la gula parte límites con la soberbia en esos festines con que prevalecen nuestros fastuosos antecesores en crónicas é historias familiares. En el siglo XVII la comida ordinaria de las casas ricas no constaba de menos de treinta platos; que para los días de excepción, el cocinero mayor hubiera corrido la suerte del de Lúculo, si no preparaba setenta, amén de las golosinas. En el año de 1640, dice un curioso investigador de los vicios antiguos, el cardenal de Borja dió en Valencia una comida de noventa platos calientes, y otros tantos entre principios y postres. Don Alejandro, al resplandor de la tiara, no hubiera llevado adelante tan insolentes vanidades. Buckingham, señor más profuso y magnífico que ese soberbio clérigo, había dado antes en Santander el escándalo de una comida de mil y seiscientos platos, en honor del rey de España, cuyos dominios estaba pisando. Concluído el banquete, cuantas eran las preciosidades que sirvieran en él, porcelanas de Sevres, cristales de Venecia, argentería de toda clase, fué todo echado por el suelo, roto y destruído en testimonio de liberalidad y júbilo incontrastable. Á ese tiempo la nave capitana del insigne almirante, fondeada en el puerto, disparaba sus cañones, roncós del vino que seguía apurando su señor, y la metralla inglesa volaba por los aires en homenaje al gran monarca, rival temido de su propia monarquía.

Hoy por hoy comemos menos quizá, pero bebemos más; en poco está que nuestros banquetes no se desquicien y

vengan á ser campos de Agramante, ó por ventura sanguinines donde la menor tajada de los convidados es una oreja. Los griegos antiguos tenían comidas donde moral y virtud, impelidas por la elocuencia, recibían desenvolvimiento sublime en boca del filósofo y el amigo del género humano. Bien es verdad que Alcibiades, saliendo de un holgorio, mutiló las estatuas de los dioses en los pórticos de Atenas; pero ese no fué banquete sino orgía con mujeres de mal vivir; de esas rufianescas brillantes donde el precioso libertino se desataba sin contrarresto en voces y acciones adecuadas para las Gracias caídas con quienes era su dicha levantar el torbellino de placeres que le ha vuelto famoso para todas las generaciones. Ponedle á ese mismo perdido al lado de Sócrates y Fedón en los concursos de los filósofos, y veréis luego si no es el que más resplandece por la moral y subyuga más con las cláusulas sonoras que brotan armoniosamente de sus labios.

BANQUETE DE XENOFONTE

Un día Xenofonte convidó á sus amigos á comer en su casa : vinieron Critón, Cerefón, Címias, Cebes : Antístenes, símbolo vivo de la frugalidad y la pobreza alegre, no podía faltar. Critóbulo, por la belleza, era el adorno de los concursos de ese tiempo, lo mismo que Sócrates por la sabiduría : Sócrates y Critóbulo estuvieron, pues, allí, no menos que Alcibiades, el hermoso libertino, que tanto resplandecía en el estrado de Aspasia como en los jardines

de Academo. Platón se había excusado respecto á ciertas ocupaciones tocantes á la escuela, y Aristóteles, que andaba ya torcido con su maestro y con su gran condiscípulo, faltó sin exponer causa ninguna. Con el anfitrión ó dueño de casa estaba lleno el número que los griegos requerían para el buen humor de sus banquetes. Ni más que las Musas, ni menos que las Gracias, ésta era su regla. Así es que los convites de seiscientas personas en los cuales ostentaba su voracidad el emperador Claudio, no eran de costumbre en Atenas. Amistad, afecto, confianza están como desleídos en esos vastos concursos de gente con que rebotan hoy mismo los palacios de los grandes. Los romanos gustaban mucho de esas reuniones monstruos donde Craso pudiera derramar sus riquezas, y Lúculo explayar su magnificencia : cuatrocientas ó quinientas camillas alrededor de esas inconmensurables salas ó ya en los jardines de verano, acreditaban que el gran señor tenía otros tantos convidados. Los griegos, más amigos de la comodidad y el placer verdadero, no pasaban de nueve personas en sus mesas, ni bajaban de tres : el rostro á rostro de dos individuos tiene algo de solitario y triste; por esto han dicho quizá que la proporción más adecuada para la felicidad y la alegría son dos amantes, tres amigos. La cordura de los inventores antiguos está fundada en el corazón; no imaginaron dos Gracias sino tres, número armónico en sí mismo, que forma el grupo más bello y perfecto. Para comer, pasear, departir agradablemente, la tendencia de las almas delicadas es reunirse entre tres : si ocurre que demos un banquete, hagamos porque cada uno de nuestros comensales tenga su Musa á su lado; con lo cual todo será poético y honesto. Nueve personas inteligentes, de bue-

nas costumbres y nobles sentimientos en el ánimo, es un Parnaso doméstico : allí virtud y poesía, en suaves ondas, están yendo y viniendo entre el vino que concilia buen humor, y la palabra que resuena por los ámbitos de ese dichoso recinto. Los convites de á cien personas son argos que aterran á la modestia : entre mucha gente no puede haber gusto, ni sería posible que entre cien convidados no hubiese dos enemigos y muchos malquerientes unos de otros. Un perverso por diez hombres, mucho favor para el género humano. Quizá por esto los griegos se detuvieron en el nueve, á fin de que el murmurador, el envidioso se quedara en su casa, y no fuera á perturbar con su innoble pasión el vuelo de felicidad efímera que se dan de cuando en cuando filósofos y poetas.

De qué modo abrían los griegos sus comidas, no me será dable decir, por falta de instrucción á este respecto : seguro está que haya sido con sopas, como nosotros, ni con frutas, según que lo estilaron nuestros padres los españoles de ahora doscientos años. Hoy mismo los franceses principian la merienda con un tasajo de melón rubicundo, que es como heraldo ó explorador de las regiones estomacales, tras el cual viene la provocativa mazamorra de guisantes tiernos sembrada de estrellitas de pan tostado. Los principios, entre estos sabios gastrónomos, son por la mayor parte media docena de ostiones crudos, sobre los cuales espolvorean golosamente una ó dos dragmas de mostaza. Otros piden una docena, y descomulgados hay que forman á su lado un cerro de conchas vacías, bien como Tibur Kan levantaba torres de cráneos humanos, merced á los enemigos que iba venciendo. Dios me ha guar-

dato hasta ahora de sentir maldita la inclinación por esos gusanos fatídicos, que parecen comida de difuntos; antes suelo apartarme como quien no quiere la cosa de uno de esos gabachos barbudos que está por ahí formalísimo entendiéndose con esos huesos redondos, del centro de los cuales arranca ese mustio manjar, delicia de la tumba. Los griegos no comían ostiones, ni camarones, ni almejas, ni esotras porquerías marítimas que, disputándose las entrañas humanas, dándose combates feroces, lastiman el cuerpo y dejan allí dentro los gérmenes fecundos de los cálculos, la gota y más tributos que pagan al dolor los pueblos regalones.

Pongamos que en la mesa de Xenofonte hubiese habido perdices del Atica, alondritas, pitirrojo, ficédula y otros individuos de esa delicada volatería con que su vecino el rey de Persia regalaba á los filósofos viajeros y los ambiciosos condenados al ostracismo. Regular es que hubiese también vino de Chipre y de Ténedos; y los postres fueron sin duda los panales del Himeto y los higos de la Fócida, esos de cuyo orificio están manando las dulces gotas que reciben en los labios los Genios del huerto y los silfos invisibles. En siendo Pitágoras el dueño del festín, todo hubiera sido col, lechuga, coliflor; pero como la Academia difería en alguna cosa del filósofo de Samos, no había porqué no concurriera el otro reino en los manteles de Xenofonte. No puedo tampoco dar razón acerca de los instrumentos de que esos antiguos se servían para comer : el tenedor es invención de nuestra edad, y así no alcanzo con qué pinchaban los atenienses su cuarto de perdiz, ni con qué se llevaban á la boca. Los espartanos, probablemente, te-